

Madurez

Prestad atención a lo que os voy a contar ahora.

Así habría empezado el señor Hrabal una de sus historias, de modo que quiero usar yo también las mismas palabras para contar la mía y vosotros escuchadme atentamente porque no será fácil comprenderlo todo. Además, no me parecéis demasiado inteligentes, con vuestro ir y venir de un lado a otro, la cabecita gris y la mirada fija. Parecéis más interesados en las migas de pan que en la charla de un hombre sentado en el alféizar de este asqueroso hospital, pero no puedo aspirar a otra clase de público, porque cuando se llega al final de una historia, lo que ha sido ha sido: el destino o nuestra estupidez o el orgullo, tanto da. En pocas palabras: somos lo que hemos comido, digerido y escupido, eso y nada más forma la vida de los hombres. El resto no cuenta mucho.

Pero quizá a vosotros no os importen nada mis palabras y hagáis bien en pensar en las migas. En el fondo, los pichones, ¿qué saben de los hombres?

De todas formas, dejadme hablar y por lo menos tú, Hanta, escúchame. No hagas caso a Dite, déjalo que picotee en paz y abre bien las orejas, si es que las tienes en alguna parte. Yo procuraré empezar por el principio, y ni siquiera hace demasiado tiempo de aquella mañana de julio tórrido en que abrí la puerta del aula y me encontré con el tribunal ya allí esperándome, formado como un pelotón de ejecución detrás de la mesa, junto a la sonrisa del presidente que con una chaqueta azul me invitaba a pasar. Ahora bien, ¿qué podía esperar de alguien vestido con una chaqueta azul perfectamente plan-

chada en un julio infame de calor y humedad como aquél? ¿Y de los demás, con sus caras de buenas madres de familia y de auxiliares administrativos, dedicados a hojear un libro para ver si se les ocurría alguna pregunta? Era el día de mi examen de reválida. Bienaventurados vosotros, pichones, que no tenéis exámenes, y era el día en que cumplía dieciocho años.

Tal vez fuera cosa del destino el que estuviera a punto de ser juzgado el mismo día en que alcanzaba los dieciocho años y me convertía en responsable de mí mismo ante la ley, autorizado para tener estatuto jurídico de ciudadano y para enviar al Parlamento a toda suerte de candidatos elegibles. Yo, adulto, titular de mis acciones y, más tarde, una vez pasado el control de calidad, habiendo revalidado mi idónea madurez para salir al mundo, lejos del glorioso instituto «Rodolfo Ippolito Fiuti».

Quizá me esté alargando, pero quisiera que comprendierais la importancia de esa fecha que para todos resulta una fecha histórica pero para mí lo fue de manera especial, yo que hasta no hacía mucho había tenido que mostrar a la taquillera del cine Apollo el carné de identidad cuando ella repetía «chaval, no autorizada para menores de catorce» y me obligaba a declarar mis dieciséis años cumplidos extendiendo el carné al borde de la taquilla, en equilibrio sobre la punta de los pies para aumentar mi escaso metro cuarenta de poca carne y huesos.

En el colegio había sido precoz y había empezado a vivir en los pupitres con un año de antelación, desde la primaria que hice en un colegio privado de monjas españolas y después hacia arriba, por el ciclo intermedio hasta el bachillerato, rama de ciencias, en el instituto «Rodolfo Ippolito Fiuti», siempre un año antes de lo debido, un año que ha sido como una especie de capital reservado en vista de tiempos peores, como vosotros con las migas que dejáis para momentos de escasez. Dada mi poca prestancia física y una altura, seamos sinceros, hasta excesivamente exigua, las perspectivas de mi educación infantil no pudieron desarrollarse más que en forma de un montón de tiempo dedicado a leer, lo entenderían hasta los pichones. Tenía amigos, es cierto, pero estaban en un mundo que siempre era demasiado grande para mis piernas, inadecuadas para perseguir balones o para correr o para jugar a las cuatro esquinas, y más tarde, como hacemos nosotros, los adolescentes humanos, para medirnos en luchas viriles o en exhibiciones deportivas en las que, en cambio, yo participaba únicamente como devoto espectador. Porque, a fin de cuentas, tenía mis libros, y mi propia perspectiva, que quizá fuera parecida a la vuestra, vosotros que miráis el mundo desde otro punto de vista y picoteáis las cosas que los demás tiran. Tengo mis libros, me decía. Y me bas-

taba, algo que tenéis que tener en cuenta si queréis intentar comprender cómo pudo maquinarse esta historia una nimiedad como quien esto suscribe.

Y así, mientras los demás tenían chicas y balones, yo permanecía apartado, oteando sin excesivo pesar; al contrario, estaba convencido de poder obtener todo de igual forma y a mi manera era feliz, aunque las chicas ni me miraran y el balón no se detuviera jamás a mis pies. Porque en cualquier caso podía quedarme mirando, podía retener en mi interior todo aquello y algún día podría contárselo a todo el mundo, como estoy haciendo ahora. Y además estaba el señor Hrabal, mi escritor preferido desde que leí en un libro suyo la historia de un camarero pequeño como yo, ¿comprendes, Dite, por qué te llamo así? Pero volvamos al examen porque tengo el defecto de hablar demasiado y quisiera acabar antes de que lleguen las enfermeras con el doctor.

Así pues, Hanta, entré en aquella habitación de aire enrarecido pese a que el ventilador girase velozmente, yo, tímido y diminuto, con mi carné en la mano y los músculos tensos, atento a cualquier cosa que dijera aquella chaqueta azul.

–Siéntese, haga el favor –dijo el presidente, y preguntó a su vecino sobre qué asignaturas había de ser interrogado.

El otro recorrió una hilera de nombres en un registro y musitó algo que francamente no comprendí bien, pero que podía ser algo así como: «Háblenos, pues, de lo que mejor le parezca».

Me pareció un regalo y me pareció también imposible que aquel señor rechoncho y a quien el sudor le formaba gotitas encima del bigote, que precisamente él me invitara de manera tan sencilla hacia lo que yo más amaba. Seguí mirando cómo el ventilador giraba hasta que esta vez oí con claridad la misma voz que me repetía:

–Adelante, ¿de qué le gustaría hablar?

¿De qué otra cosa hubiera podido hablar, Hanta?

–Del señor Hrabal, señor –respondí con una sonrisa.

El profesor puso entonces una cara extraña, se encogió de hombros y frunció el entrecejo estirando los labios, mientras de sus bigotes sudados iba caer un par de gotas sobre la lista que tenía delante. La primera cayó sobre el nombre de Boselli y lo sentí, porque Boselli era un tipo simpático y no me parecía bien que se ahogara en el sudor de un desconocido. La otra formó un minúsculo laguito sobre Caselli Romina, y entonces mi sonrisa se volvió franca, porque por Romina yo sentía debilidad y aquello me pareció un augurio, una clara señal del destino que me invitaba a desvelarle por vez primera mis simpatías. Hacía más de tres meses que llevaba en el bolsillo los versos que

me hubiera gustado darle, y he ahí que aquella gota tocaba su nombre indicándome el camino que debía recorrer. ¿Lo ves, Hanta, lo extraña que es la vida?

Y mientras yo pensaba en los hoyuelos de las mejillas de Romina, el profesor repetía confuso: «¿Craballo?», y se aferraba a la antología y la hojeaba aquí y allá sin convicción.

Intenté precisar: «Bo-hu-mil Hra-bal, señor», y escandí las sílabas mientras seguía con la vista otro par de gotas que se estaban precipitando sobre Zorzi y Tanaro, pero él insistía en no comprender.

–Bocumil Craballo –repetía para sí mismo–, ¿de qué época es? –buscando consuelo entre los colegas y éstos, espabilados por el barullo, empezaban a prestar atención y a consultar así otros textos, mientras un rumor quedo, como de disgusto, subía poco a poco y se apoderaba del tribunal.

–Contemporáneo, señor –procuré puntualizar asintiendo hacia los ojos de mi examinador, reducidos ya a dos hendiduras sutiles que seguí mirando fijamente, primero por educación y después por desconcierto, porque percibía que tan sólo con mover los ojos a mi alrededor, por encima de mí o a mi lado o en cualquier otra dirección, vería a todos los profesores hojear libros, abrir cuadernos o buscar con la mirada, en lo alto, algún punto del techo o, en lo bajo, alguna loseta del suelo, por si diera la casualidad de que hubiera allí algún dato, una explicación cualquiera o un indicio sobre el extraño nombre que acababa de pronunciar.

En aquel momento, querido Hanta, me pareció que había cambiado peligrosamente la distribución de los papeles y que me había convertido en el presidente merced al mágico trámite del señor Hrabal, mientras el tribunal entero se sometía a examen y se me encogió el corazón, y pensé en el desbarajuste de una revolución que sólo me habría de traer líos y venganzas, así que intenté precisar aún más, con humildad:

–Es un escritor checo¹, señor.

Y fue peor, porque los bigotes que ya habían empapado el registro entero empezaron a moverse y a puntualizar que la ceguera no podía ser un indicio suficiente para aclarar la identidad del escritor y, por lo demás, especialmente en la antigüedad, más de un literato había sido débil de vista y otras peroratas por el estilo, hasta que me sentí en la obligación de informarle de que el señor Hrabal era checo en el sentido de bohemio.

¹ Para la comprensión de lo que sigue ha de precisarse que en italiano las palabras *cieco*, «ciego», y *ceco*, «checoslovaco», se pronuncian igual y pueden confundirse fácilmente.

–Checoslovaco, señor.

La palabra paralizó al tribunal. Todos me miraron fijamente, petrificados y durante unos segundos sólo se movió el ventilador, hasta que el profesor que estaba enfrente de mí se echó hacia atrás sobre la silla muy lentamente y con equivalente lentitud, como si le hubiera sobrevenido un cansancio enorme, cogió un pañuelo y empezó a secarse el sudor del rostro.

–Muchacho, éste es el examen de literatura italiana. ¿Qué tienen que ver aquí los checoslovacos?

–Discúlpeme, señor, pero usted me ha pedido amablemente que hablara de lo que más me gustase, por lo que he creído que podía tratar de Hrabal, que es mi escritor preferido, más allá de toda frontera o nacionalidad –dije yo, decidido a hacer valer mi derecho a contestar sobre lo que más me gustara, pese a que el otro insistiera:

–Tenemos un programa preciso, joven, y es de ese programa del que usted debe dar cuenta, no del de los checos o los cojos –y mientras soltaba esa gracia miraba a su alrededor complacido buscando las miradas de asentimiento de su colega, y continuó, levantando la voz–: Aquí se habla de Carducci, de Pascoli, de D’Annunzio, de literatura italiana, querido candidato. ¡De nuestra literatura!

–Lo entiendo, señor –rebatí yo, decidido–, pero usted me ha pedido que hable de lo que más me gusta, mientras que los señores que usted ha nombrado no me gustan en absoluto.

Hanta, no quiero extenderme demasiado, entre otras cosas porque no hay más tiempo que del que disponemos, pero de ahí en adelante la discusión se volvió acendrada e involucró también a los demás profesores, con unos que tomaban partido por mi inquisidor y otros que consideraban razonable e interesante saber algo más sobre «ese» escritor, entre quien sostenía la peligrosidad de establecer un precedente semejante y quien proponía con decisión una línea dura:

–El muchacho debe ser examinado sobre el programa de literatura italiana. Qué caramba, a este paso quién sabe dónde iremos a parar.

En resumen, el tribunal estaba revolucionado y la indecisión era enorme. Fue la chaqueta azul la que desbloqueó el *impasse*: el presidente, que hasta entonces había permanecido silencioso observándome, hizo un gesto imperioso para que se recobrara la calma, se apoyó en la mesa, se inclinó ligeramente hacia mí y me preguntó:

–Amable candidato, ¿por qué no le gustan los autores que el profesor le ha citado?

–Porque no son verdaderos, señor. En el sentido de que me siento muy lejano de las cosas que dicen o quizá las cosas que dicen estén muy lejanas de mí, no sabría decirlo –contesté yo, y el rumor de fondo volvió a empezar, los abanicos volvieron a agitarse frenéticamente y el profesor de los bigotes sudados me clavó un par de ojos feroces en el rostro:

–¿Así que Carducci no es verdadero?

–No, señor.

–¿Y Pascoli?

–Tampoco, señor.

–¿Y D’Annunzio?

–Mucho menos, señor.

–Pues si tiene la bondad, ¿podría hacernos el honor de nombrar al menos a un gran poeta de su gusto que haya nacido entre los confines patrios y que, siempre que no le resulte demasiado molesto, esté incluido también en el programa de examen? –concluyó furibundo.

–El señor Dino Campana –dije yo, y me resultó natural continuar con algunos de sus versos que me sabía de memoria, de modo que fijé la mirada en el ventilador y empecé a citar lentamente–: «Tomo la pluma: escribo: el qué, no lo sé: tengo sangre en las manos: escribo: “El amante en la penumbra se aferra al rostro del amante para descarnar un sueño...”».

–Aleluya –dijo mi inquisidor dejándose caer con alivio sobre el respaldo de la silla–, por lo menos éste es italiano. Adelante, hablemos de este dichoso Campana...

Así, en cierta forma, el examen volvió a unos cauces que parecieron tranquilizar al tribunal, aunque a mí me quedó una leve sensación de insatisfacción, visto que nadie volvió a hacer alusión a Hrabal. Fuera de aula me esperaban mis compañeros, los comentarios, las felicitaciones y las despedidas. Me esperaba también Romina y en aquel clima de ligero entusiasmo me pareció natural cobrar el valor para confesarle por fin mis simpatías.

Hanta, procura comprender, yo no pensaba que fuera tan complicado poder hablarle a aquella sonrisa. Me había imaginado miles de veces la escena, la había escrito y vuelto a escribir, primero en mi mente y después sobre el papel, como si fuera el guión de una película. Había copiado y vuelto a copiar los versos de mis poetas preferidos, me los había estudiado y aprendido de memoria y después los mejores los había escrito en un papel que desde hacía semanas llevaba en el bolsillo, hasta el punto que se había reducido casi a jirones. Para no extenderme, aquel día la tenía a ella enfrente, a ella que me sonreía y que se inclinaba ligeramente hacia mí para darme un beso en la me-

jilla y decirme algo que no conseguí entender bien. No sé cómo funciona entre vosotros los pichones, pero mi cabeza zumbaba y con la mano me aferraba a aquella hojita manoseada que escondía en el bolsillo mientras intentaba recordar el discurso que me había preparado; sin embargo, no era capaz de hacer que saliera nada de mi boca, no conseguía que subiera o bajara el aliento: me quedé inmóvil un buen rato, mirando a Romina que hablaba y hablaba, como si estuviera dentro de un sueño o en un acuario y así, al amparo de un cristal, la miraba y no dejaba que me alcanzara su voz, aquellas palabras que no hubiera querido oír, aquel temporal que me embestía, porque, en suma, después de haberme felicitado por el examen, se estaba despidiendo de mí y me decía que se iba a marchar a Inglaterra, iba a ir a estudiar allí. Nada grave en el fondo, pero mientras me hablaba se había cogido de la mano de Boselli, y se la apretaba, y atraía hacia ella su brazo, se lo colocaba en torno a la cintura y entre tanto se despedía, me daba otro beso en la mejilla y me dejaba en el acuario viendo cómo se iban ella y sus hoyuelos hacia Inglaterra, abrazada a Boselli.

Permanecí bastante rato dentro de mi acuario pensando, e incluso al volver a casa seguía estando allí dentro, cobijado, y mientras tanto pensaba en ese abandono, y me decía que la madurez en el fondo es saber afrontar sin temor las adversidades y no ceder a las ganas de llorar, mirar hacia el futuro y considerar que acababa de ser revalidada mi madurez y hacía pocos minutos que había entrado en la vida y mi vida, a fin de cuentas, seguía estando allí, esperándome.

Así, recobré el vigor, aceleré el paso y aún no había llegado al portal de mi casa cuando el buen humor se había apoderado de mí y los ecos del mundo habían vuelto a dejarse oír.

Dite, por fin te has saciado de migas, de modo que escucha tú también porque quizá puedas comprender si es que no tengo razón cuando veo un sentido en lo que os estoy contando. Como os decía, abrí la puerta de casa con el buen humor apenas recobrado porque en el fondo había superado un obstáculo y, en cambio, me encontré ante la misma situación de antes, en el aula de examen. En efecto, aunque no hubiera todo un tribunal formado esperándome, sino tan sólo mi padre y mi madre sentados detrás de la mesa de la cocina, estaban tan rígidos como los profesores de la mañana y sus caras no expresaban felicidad o curiosidad por la suerte que había corrido: mi madre estaba sentada compuesta, con las manos unidas y la mirada fija en un rincón de la pared, mientras que mi padre tamborileaba con una mano sobre el tablero de la mesa y con la otra me hacía señas de que pasara.

–Me ha ido bien –dije yo, convencido de poder romper esa espera embarazosa.

–Así que ya eres una persona madura –dijo mi padre con naturalidad, y continuó de inmediato–: verás, hijo mío, la madurez conlleva la asunción de responsabilidades mayores, cómo te lo diría yo, el cese de un estado de adolescencia en el que uno puede permitirse el no comprometerse de modo directo con los acontecimientos de la vida, porque son otros, los padres, los parientes, los profesores quienes se ocupan de nosotros. Pero, llegados a la mayoría de edad, superada la reválida, hay cosas que un hijo adulto debe saber, hay cosas que un hijo adulto debe afrontar porque sus padres, por ejemplo, no pueden seguir ocultándoselas, mejor dicho, no sería justo que siguieran ocultándoselas.

La voz de mi padre estaba volviéndose cada vez más oscura y yo temía esa reanimación del tono que era a menudo señal de un largo monólogo que no admitía replica. No sólo por la cantidad de palabras, sino por su ritmo cerrado, las pausas y los gestos de las manos, que imponían al interlocutor el aguardar el final de la perorata, pues en caso contrario ésta hubiera resultado coja y por lo tanto estrangulada e incomprensible, mientras que a mí me parecía que era mi padre, y no la perorata, quien corría el riesgo de estrangularse con aquellos grumos de palabras que le subían y le bajaban por la garganta, que se hacían agudos y después débiles, que parecían calmarse, pero que, en realidad, no se aplacaban nunca. Mi madre, yo, cualquier otra persona, renunciábamos a introducirnos en el fluir de sus razonamientos y, al final, nos abandonábamos a lo que parecía un evento ineluctable, como la lluvia durante un temporal o el calor en el fuego. Pero ahora había sucedido algo realmente extraordinario porque, después de haber pronunciado «mejor dicho, no sería justo que siguieran ocultándoselas», mi padre se había detenido, había posado la mirada sobre la mesa que tenía delante y pasaba y volvía a pasar la mano por el tablero como se hace para limpiar un cristal empañado. Había un silencio inusual apenas resquebrajado por el ruido sordo de la palma que frotaba la madera, algo siniestro que hubiera querido interrumpir. Entonces rompí esa espera insostenible con una pregunta que resonó en la cocina como un grito, aunque fuera emitida con la fuerza de un susurro:

–¿Qué es lo que no podéis seguir ocultándome?

Para mi padre no fue fácil explicarlo, y no es fácil tampoco para mí ahora, después de tanto tiempo. Y no sólo por estar hablando a unos pichones, sino porque no puede revelarse una especie de doble vida al propio hijo, de re-

pena, hablando durante unos cuantos minutos desde el púlpito de una mesa de cocina. Porque de eso se trataba, amigos, y comprendo su azoramiento, pero hacía ya un par de años que él compartía su vida conyugal con otra mujer, en resumidas cuentas, no sé como explicároslo, pero con mi madre hacía ya mucho tiempo que todo había acabado y él tenía una historia bien consolidada con otra, hasta el punto de que ahora me estaba informando oficialmente de que iba a irse a vivir con ella.

—Ahora eres un hombre, una persona mayor de edad, puedes asumir tus responsabilidades y afrontar la situación de hecho entre tu madre y yo, por lo demás ella concuerda plenamente conmigo, una situación que no te hemos revelado de inmediato para protegerte de un eventual disgusto, pues habría podido turbarte en un momento tan difícil como el que acabas de concluir, con el final del colegio, los exámenes y todo lo demás.

Y así fue como me volví al acuario del que acababa de salir no hacía mucho, para oír la voz lejana de mi padre que me facilitaba los detalles de lo sucedido, para ver a mi madre que asentía con una tímida sonrisa hasta que, al final de aquel largo monólogo, el hombre que habría debido ser su marido se levantó más aliviado, me abrazó y se despidió calurosamente y parecía una especie de soldado que se marchaba al frente o el tío Elio aquella vez que zarpó hacia Brasil donde debía comprar una mina, y se despidió de todos con abrazos tan llenos de esperanza que ni los de Cristóbal Colón. Sólo que no había pasado ni un año y el tío Elio ya estaba de vuelta sin un cuarto porque el negocio se había esfumado, aunque él contara después que había sido la *saudade* la que se la había jugado, nada más, y no le importaba gran cosa que hubiera quien insistía en decir que la *saudade* la tienen los brasileños que abandonan Brasil, no los italianos que emigran allí. Pero él no, cada vez que se despedía de mí volvía a abrazarme de la misma manera, igual que el día en el que se había marchado, me ponía las manos extendidas sobre los hombros, dejaba escapar un suspiro largo como el resoplido de una locomotora y decía: «Ah, la *saudade*...».

También mi padre, apenas terminada su explicación sobre la responsabilidad, se situó aquel día frente a mí y me puso sobre los hombros las manos extendidas justo como el tío Elio cuando se había marchado al Brasil, así que pensé que debía tratarse de un vicio de familia y que quizá yo también algún día pondría las manos extendidas sobre los hombros de mi hijo y lo abrazaría como estaba haciendo él y yo también a ese hijo mío le diría algo como «Ah, la *saudade*...» o cualquier otra despedida azorada.

Por eso, amigos, os pido que estéis atentos y que procuréis entender, porque así fue como se marchó y no es así como uno debiera despedirse de sus

hijos, y además la *saudade* me la dejó a mí, si es verdad que en el acuario permanecí todavía un buen rato, escuchando desde lejos a mi madre hablándome desde detrás del cristal. Era mi primer día de madurez y el asunto no me estaba gustando en absoluto, puesto que las novedades que había de traerme la mayoría de edad parecían no consistir más que en ser abandonado por éste y por el de más allá.

En cualquier caso, en los días sucesivos me quedé en casa, encerrado dentro de mi acuario, y no conseguí pensar en nada más que en lo sucedido, hasta que a fuerza de reflexionar empezó a parecerme normal que mi padre hubiera tomado esa decisión, dado que se trataba de su vida y que yo habría de conducir por mí mismo la mía, porque ya era definitivamente maduro, por más que mi estatura y todo lo que ya sabéis no me ayudaran demasiado a ser un hombre. Así que me quedaba en casa y pensaba en ese nuevo abandono y en la madurez, que en el fondo, me decía, sigue siendo saber afrontar sin temor las adversidades y no ceder a las ganas de llorar por esa especie de rechazo, mirar hacia el futuro, considerar que hacía pocos días que había entrado en la vida y que mi vida, a fin de cuentas, seguía estando allí esperándome y entonces, una vez más, recobré el vigor, me entraron ganas de salir del acuario y de dejar que el buen humor se apoderara de nuevo de mí, porque en el fondo era hermoso oír los ruidos de fuera y poder participar por fin en las cosas del mundo.

Llegados a ese punto, también mi madre se decidió a hablarme, y hacía poco que mi padre se había marchado y yo, os lo estaba diciendo, acababa apenas de volver a asomar la nariz fuera de casa, de acudir a la biblioteca y de dar largos paseos que me habían devuelto algo de alegría. Quizá, ahora que lo pienso, fue precisamente por verme de nuevo tranquilo por lo que mi madre decidió hablarme de nuestra situación, muy poco halagüeña la verdad, porque ella debía hacer que bastase el poco dinero que le pasaba papá, quien había justificado la modestia del cheque con mi mayoría de edad, un estado en el que por fin habría debido ocuparme en primera persona de mi existencia. Dada la situación, mejor dicho, haciendo de necesidad virtud, ésas fueron exactamente las palabras de mi madre, «haciendo de necesidad virtud», se trataba de hallar un sistema para conseguir algo de dinero, y en consecuencia ella había pensado en alquilar mi habitación, así que de momento podía apañármelas en el sofá del salón, total después tendría que hacer el servicio militar y, en cualquier caso, el tiempo pasa deprisa y quién sabe lo que ocurriría de aquí a dentro de unos meses, quizá encontrara un trabajo, me marchara, porque eso es lo que hacen los hijos, y el problema se resolvería por sí mismo.

Es inútil decir que, al escuchar esa perorata, volví a encontrarme al cobijo de mi acuario, viéndome a mí mismo asentir a los razonamientos de mi madre y ser presentado al señor Mohamed cuando vino a ver la habitación que liberé a toda prisa de mis cosas. Alejado de los ruidos del mundo, transferí mi ropa al armario empotrado del vestíbulo, los libros a los que más cariño tenía junto al teléfono, con los del señor Hrabal encima del montón, y una vez más me encerré en casa a pensar, a reflexionar sobre esa madurez que definitivamente se había convertido para mí en una colección de rechazos, el desbaratamiento de un ejército en retirada: me sentía como un general abandonado, un Napoleón en Santa Elena abandonado por todos en aquel escollo aislado del mundo y con el océano a mi alrededor.

Y, sin embargo, la vida estaba justo detrás de las persianas, pensaba yo, y, en el fondo, incluso los razonamientos de mi madre no eran del todo equivocados porque aún debía pasar el reconocimiento militar y por fin poner en práctica algo más directamente ligado a mi madurez que aquella sarta de abandonos, y así, por enésima vez, mientras estaba encerrado en el salón, pensaba en esta nueva situación y en la madurez que en el fondo es saber afrontar sin temor las adversidades, y no ceder a las ganas de llorar por esa especie de desbaratamiento, ver las cosas de forma positiva, imaginar mi propio futuro, y consideraba que, en todo caso, hacía pocos días que había entrado en la vida y mi vida, por lo tanto, seguía estando allí delante, esperándome, acaso precisamente en el Distrito Militar, donde quizá hubiera podido convertirme en un hombre. Entonces recobré una vez más el vigor, me entraron ganas de salir del acuario y de dejar que el buen humor se apoderara de mí, porque era hermoso volver a oír los ruidos del mundo y poder participar por fin en la vida con la fuerza de mi madurez.